

conocido por haber estado en su corte en 1755, y recibido muchos beneficios de este soberano, aun en el tiempo de su detencion en Roma. Pagliarini llegó á Lisboa el 15 de Marzo de 1764, fué recibido con una gran complacencia por el conde de Oyeras, y habitó en la misma casa de M. Ayres de Sa mas de un año, frecuentando á menudo la del ministro y la corte. Despues de la partida de M. Ayres para Madrid, Pagliarini pasó á vivir con D. Francisco d' Almada, y cuando éste volvió de embajador á Roma, el rey le dió una habitacion cómoda en el colegio de nobles, del cual fué nombrado bibliotecario, y cuyo cargo desempeñó hasta que la administracion de este establecimiento pasó á la *Mera censoria*. Pagliarini entónçes mudó su alojamiento á la imprenta Real. Además de los servicios que Pagliarini prestó en Roma á la corona de Portugal, como lo acreditan las pruebas y deposiciones hechas con motivo de su proceso, que tantos perjuicios le causaron en su persona é intereses, en el momento de llegar á Lisboa, fué empleado por el conde de Oyeras para el arreglo y coordinacion de su biblioteca y gabinete, permaneciendo en su casa algunos meses.

“Fué el encargado para la impresion de la *Deduccion cronológica*, en tres tomos en cuarto: él fué quien escogió el impresor, y por disposicion del ministro, tradujo en italiano la misma obra, impresa igualmente en cinco tomos en octavo.

“De órden de S. M. hizo por dos veces el plan de un establecimiento para la imprenta Real. Su proyecto se llevó á cabo; el impresor y su instituto fueron elegidos á su gusto, y el establecimiento se planteó en los términos que existe hoy dia. Fué nombrado su director general, con dos mil cruzados anuales de sueldo, casa y dos ejemplares de cada obra que en él mismo se imprimiese.

“Cuando se terminó la paz con Roma en 1770, Pagliarini continuó autorizado por el ministro para tratar con los nuncios del papa, como lo acreditan los hechos verificados en aquella época.

“Pero bajo el pontificado de Clemente XIV, cuando se trató de la supresion de los Jesuitas, el mismo papa sugirió al marques de Pombal la idea de servirse de Pagliarini, para que tradujese al italiano los documentos que se le remitiesen, no teniendo confianza en el trabajo de las personas venales á quienes M. Almada encargaba su traduccion. El rey contestó á esto, que Pagliarini, su secretario de legacion, tenia los títulos suficientes para ser admitido en el gabinete, despues de tantas pruebas como habia dado de su probidad y adhesion á la corte. Desde este momento, el marques de Pombal comenzó á servirse de él para las comunicaciones mas delicadas relativas á Roma. Pagliarini escribia los documentos en portuges; los corregia y traducia al italiano; y despues de revisados por el marques, los copiaba en los términos que debian ser presentados al papa. Este trabajo ocupó á Pagliarini desde la madrugada hasta

media noche, por espacio de quince dias, porque ademas de deber espedirlos por el correo, tenia que escribir algunas otras cartas segun lo que ocurría. En la secretaria de estado deberán encontrarse muchos trabajos escritos de la mano de Pagliarini, pudiendo atestiguarlo, entre otros, MM. Juan Gomez, Araujo y José Litzeb, sin contar otros muchos.

“Nicolas Pagliarini, que actualmente se encuentra con setenta y dos años de edad, de los cuales ha empleado treinta en la corte de Portugal, sabiendo que el augusto soberano se digna atender y tomar en consideracion los servicios de aquellas personas que los han hecho á su corona, hace presente que tiene un sobrino llamado Tomas, que se dedica con aprovechamiento á los estudios; jóven recomendable por su buena conducta y excelente carácter, y capaz de servir cumplidamente á S. M. Fidelísima; y en atencion á esto, se toma la libertad de presentarle ante vuestra Magestad, y suplicarle se digne nombrarle su sustituto, despues de su muerte, en el cargo de agente real, que desempeñará sin emolumento alguno, contentándose con los gages anexos á este destino.”

Cuando el librero Pagliarini dirigia á la hija de José I de Portugal, tan singular memoria, cuán lejos estaria de pensar que llegaria un dia en el que este documento serviria á la historia como prueba de cargo á sus protectores del Sacro-Colegio y de las Cancillerías. Pagliarini, despues de haber sido corrompido por Almada, se ocupó en corromper á otros. Tuvo especial mision de infestar la Europa de libros obscenos ó irreligiosos; era enemigo declarado de la Santa Sede y de la Compañía de Jesus, y esto le hizo ser un personaje notable. Pasando la vista por los papeles que ha dejado, no se puede ménos de admirar su activa correspondencia con los cardenales, ministros y religiosos de diferentes órdenes. Aprovechándose de la cooperacion de todos éstos, propagaba los escritos engendrados en el gabinete de Pombal. Una carta de este Pagliarini al cardenal Andres Corsini, nos iniciará en los secretos medios que empleaba el librero diplomático para estender sus folletos en la ciudad de Roma.

“La impresion de la *Deduccion cronológica y analítica*, dice en la carta, se ha terminado al fin. De órden del Exmo. Sr. conde de Oyeras, os he remitido por la via de Génova un número de ejemplares correspondiente al de la primera parte que os mandé anteriormente. Como estos primeros ejemplares se han dirigido á vuestra eminencia por nuestro cónsul Piaggio, para ser distribuidos en esa corte, y suponiendo que puede ejecutarse lo mismo relativamente á éstos, para quitar todo motivo de escándalo al Quirinal, he dividido la remesa en diferentes paquetes, que podrán llegar sin inconveniente á las personas que indican sus sobres, sin que nadie sepa lo que dentro contienen. Basta solo que vuestra eminencia

cuide de que lleguen con toda seguridad de Civita-Vecchia á Roma. Y toda vez que vuestra eminencia está plenamente informado del contenido de estos paquetes, comprenderá cuáles pueden ser las consecuencias y perjuicios que de éstos se siguen á la corte romana, quien, perseverando en su sistema, camina á pasos agigantados á su total ruina.”

El odio contra los Jesuitas, motivado por la codicia ó por la ambicion, indujo á un príncipe de la Iglesia á someter uno de los nombres mas ilustres de la Italia al servicio de los folletinistas que atacaban á la silla romana. El cardenal Andres Corsini se hizo el agente del librero Pagliarini, quien despues de haberle sometido en vida á papel tan humillante, ha comprometido despues de su muerte la fama del Eminentísimo, echando un borron á su memoria, con no destruir la correspondencia que medió entre ámbos. El cardenal Corsini era uno de los cómplices de Pombal; he aquí los términos con que se expresa en una carta dirigida á ese ministro: “Me será imposible, escribe desde Roma en 1766, explicar á vuestra excelencia el infinito consuelo que he tenido al saber las buenas noticias de su salud, que han llegado á mis manos por las de M. Nicolas Pagliarini. Quisiera poder expresar, segun deseo, mi constante afecto hácia vuestra excelencia y su muy estimada familia, así como mi sincera é íntima adhesion á esa real corte, por la cual he tenido y tendré siempre el respeto y reconocimiento á que por tantos títulos la estoy obligado. El comendador d' Almada os podrá asegurar acerca de la verdad de estos sentimientos, pues mejor que nadie sabe el interes con que el cardenal Neri, mi tio, y yo, nos empleamos en servicio de vuestra corte. Sin duda alguna, esto es causa de la inequívoca desconfianza de su Santidad y del ministerio pontifical respecto á nosotros y á nuestra familia, que ha sufrido por esto notables perjuicios. Nada de ello nos importa, con tal que nuestras obras sean del agrado de esa corte, y que podamos estar seguros de su protección. Nosotros hemos sacrificado por ella todos nuestros intereses, y estamos dispuestos á volverlo á hacer en cualquiera otra ocasion que se presente. Os escribo con esta libertad, por la seguridad que tengo de que esta carta debe llegar á vuestras manos directamente por Pagliarini, en quien tengo una completa confianza.”

El ministro portugues tenia necesidad de fomentar en Roma semejantes venalidades. Andres Corsini fué pensionado por la corte de Lisboa, y sus cartas autógrafas á Pagliarini dan fe de esta transacion.

Sin embargo, Pombal no encontraba en todas partes una inmoralidad semejante. Los Pagliarini, los Corsini y los Norberto eran raros en Roma y en el catolicismo. El silencio que reinaba á su alrededor, le irritaba tanto como las ovaciones con que la caridad

acogia en todas partes las victimas de su arbitrariedad; y así creyó que entregando un Jesuita á las hogueras de la inquisicion, modificaria la opinion pública. El P. Malagrida era para el ministro un ser aborrecible, y contra éste dirigió su tiro, para ver si podia descargar sobre él la universal reprobacion con que los pueblos le miraban. Gabriel Malagrida era á la sazón un anciano casi octogenario. Nacido en Italia el 18 de Setiembre de 1689, habia pasado en las misiones la mitad de su existencia. Llamado á Portugal, era para todos, ya fuesen pobres, ya ricos, objeto de veneracion, mucho mas despues del terremoto de Lisboa, en cuya catástrofe hizo prodigios su ardiente caridad. Aunque vivia en intimidad con la familia Tavora, semejantes relaciones no le constituian cómplice indudable del atentado del 3 de Setiembre de 1758. Para comprenderle en esa trama, hubiera sido preciso suponer desde luego la premeditacion del crimen, el conocimiento de los culpables y un procedimiento acompañado de pruebas. Pombal, que, como ya queda dicho, no se detuvo en estos indispensables preliminares de la justicia, deseaba que Malagrida y otros padres del instituto fuesen los fautores del regicidio, y en la sentencia que condenó á los Tavora así se declaró. El Jesuita debió haber perecido con sus coacusados; pero el capricho ministerial le reservó para mayores sufrimientos. Malagrida pasaba su vida hacia tres años en un calabozo, y ya se le creia como cosa olvidada, cuando de repente Pombal se acordó de su víctima. El padre estaba condenado á muerte como instigador de un atentado contra la vida del rey, en virtud de una sentencia ejecutoriada, que podia llevarse á efecto el dia que se quisiese. Pombal se desentendió de este fallo, y quiso que la inquisicion pronunciasse á su vez otra sentencia contra este pobre anciano. Ya no se trataba de regicidio, sino de falsa profecía y de devota inmoralidad. Se le imputó el haber compuesto en la soledad de su prision dos libelos, uno sobre el *Reinado del Antecristo*, y otro, *Vida de la gloriosa Santa Ana, dictada por Jesus á su Santa Madre*.

Malagrida, enfermizo y preso entre cadenas, sin fuerzas, privado de luz, de aire, de tinta, plumas y papel, era acusado como escritor de delirios que, relatados en su proceso, parecen mucho mejor pasto de imaginacion trastornada, que razonamiento de un herejiarca. El manuscrito en cuestion nadie le ha visto; se citan tan solo algunos fragmentos de estas dos obras, que el capuchino Norberto inventó sin duda para fundar la acusacion, y que presentaron al santo oficio para denigrar al Jesuita. Uno de los hermanos del rey era entónces gran inquisidor, y se negó abiertamente á juzgar la locura ó la inocencia: sus asesores siguieron igual ejemplo. Pombal tomó de esto ocasion para conferir la dignidad de inquisidor general á su hermano Pablo Carvalho Mendozza, que fué en

el Marañon el enemigo mas implacable de la Compañía de Jesus. Se formó un nuevo tribunal, sin institucion pontificia y sin poder alguno jurídico; pero Pombal le habia dictado sus órdenes, y el tribunal se conformó con ellas. El P. Malagrida fué declarado herege, impúdico, blasfemo, y degradado del sacerdocio. Se le entregó al brazo seglar, y pereció en 21 de Setiembre de 1761, en un auto de fé solemne. "El exceso del absurdo y del ridículo, dice Voltaire (1), hablando de este asesinato, se unió al exceso del horror. El culpable fué denunciado y puesto en juicio como un profeta, y fué quemado por haber estado loco, y no por haber sido parricida."

A pesar de cuanto dice Voltaire y la supuesta inquisicion, el Jesuita fué tan insensato como parricida. Sus respuestas delante del tribunal, el pañuelo con que le taparon la boca para que no hablase en el camino del suplicio, y las palabras que dijo ántes de caer en las llamas, todo atestiguan que Malagrida murió como habia vivido, en el lleno de su razon y de su piedad.

A fin de desafiar al pontífice hasta en su misma cátedra apostólica, y de probarle que sus ruegos eran tan ineficaces como sus mandatos, Pombal creyó muy á propósito mandar á sus estados, en la miseria mas completa, á la mayor parte de los Jesuitas, cuyos bienes confiscaba, para probar de esa manera le inagotable caridad del padre de los fieles. Clemente XIII se mostró como siempre, lleno de benevolencia, miéntras que el ministro apuraba su crueldad con los que se habia reservado en las prisiones. El papa y el ministro portugues se mantenian en la linea que se habian trazado, dulcificando el uno inmerecidos sufrimientos, y agravándolos el otro por cuantos medios estaban á su alcance. Abandonaba éste sobre las costas de la Italia el exceso que rebotaba en sus prisiones; pero los cautivos que aun quedaron en ellas, padecieron solos el cúmulo de torturas con que hubiera querido acabar con toda la Compañía. Habia hecho prender en las misiones á muchos padres franceses y alemanes; y conservó con preferencia á los Jesuitas estrangeros, creyendo, y no sin fundamento, que ninguna familia alzaria su voz para reclamarlos. Sometiólos á cuantas miserias y privaciones pudo inventar la tiranía mas astuta y refinada. De doscientos veintiuno que dejó en los calabozos, ochenta y ocho perecieron en ellos, y los restantes fueron á duras penas arrancados á su barbarie por la reina Doña María, heredera del trono de Portugal; por María Teresa de Austria y por la reina de Francia (2).

(1) *Œuvres de Voltaire, Siècle de Louis XV*, tomo XII, p. 351.

(2) La reina María Leocadia, esposa de Luis XV, habia encargado al marqués de Saint-Priest, embajador de Francia en Portugal, que reclamase los Jesuitas franceses que Pombal tenia cautivos. Por este medio se vieron libres

Aun han quedado algunas cartas escritas por los Jesuitas prisioneros de Pombal; en todas ellas se retratan al vivo los mismos padecimientos y la misma resignacion. El protestante Cristóbal de Murr ha recogido algunas del autógrafo latino para reproducirlas en su diario (1). De todas ellas elegiremos la que el padre Lorenzo Kaulen dirigia desde la torre de San Julian al provincial del Bajo-Rhin.

"MI REVERENDO PADRE:

"Está para concluir el octavo año de mi cautividad, y por la primera vez encuentro ocasion de remitiros esta carta. El que me la ha proporcionado es uno de nuestros padres franceses, compañero de mi cautividad, y libre al presente por influjo de la reina de Francia.

"Estoy preso desde el 1759. Arrestado por la fuerza armada, se me condujo primero á un fuerte llamado Oloreida, que está en la frontera de Portugal, y allí fué arrojado en un horrendo calabozo lleno de ratas hambrientas, que me acosaban hasta en el lecho y partian conmigo el escaso alimento que se me daba, sin que pudiese ahuyentarlas por la oscuridad del sitio. Eramos veinte Jesuitas los encerrados en este fuerte, incomunicados unos con otros. Los cuatro primeros meses se nos trató con algun miramiento; pero despues fueron escaseando los alimentos, en términos que creimos que se nos queria matar de hambre. Nos quitaron con violencia los breviarios y cuantas medallas, estampas de santos y objetos de devocion poseiamos; hasta quisieron arrancar á uno de nosotros su Crucifijo; pero éste se opuso á ello con tal resistencia, que al fin se le dejaron, escusando afortunadamente para los demas tan indigna violencia. Un mes despues nos volvieron los breviarios: sufrimos en estos lóbregos calabozos el hambre y otras muchas incomodidades, sin que hubiese socorro alguno para los enfermos. A los tres años, por la guerra que sobrevino, nos sacaron de allí en número de diez y nueve, pues uno habia muerto. Atravesamos el Portugal escoltados por escuadrones de caballería, que nos condujeron á las cárceles de Lisboa. Tres padres alemanes quedaron en el camino desfallecidos, sin poder pasar adelante. La primera noche la pasamos con los presos encerrados por crímenes. Al dia siguiente llegamos á este fuerte, que se llama de San Julian, á ori-

los PP. Du Gad, de Ranceau, y el hermano Delsart. El conde de Lebzelttern, embajador de la emperatriz, recibió igual órden, que cumplió con la mayor prontitud. Las tradiciones del pais y de la Compañía, recuerdan con placer este acto de humanidad.

[1] *Journal de la Litterature et des Arts*, tomo IV, pág. 306.

llas del mar, donde permanezco con los demas Jesuitas. El momento en que os escribo, nuestra prision es de las mas horribles: consiste en un calabozo subterráneo, oscuro é infecto, donde no entra mas luz que la que penetra por una abertura de tres dedos de larga por tres de ancha. Se nos da un poco de aceite para la lámpara, una escasa y mala comida, y una agua las mas veces corrompida y llena de gusanos; tenemos media libra de pan para todo el dia, y dan á los enfermos la quinta parte de un pollo; no se nos conceden los sacramentos sino á la hora de la muerte y mediante certificacion del cirujano, que hace tambien de médico en nuestra prision. Como éste vive fuera del fuerte, y no es permitido el vernos á ninguna otra persona, no hay que esperar durante la noche socorro alguno espiritual ni temporal. Los calabozos están llenos de ratones, de insectos y de otros pequeños animalillos, que me son enteramente desconocidos. El agua destila continuamente de los muros, lo que es causa de que los vestidos y otra porcion de objetos se pudran al instante, en vista de lo cual decia el gobernador del fuerte, no hace mucho, á uno de mis compañeros que me lo ha repetido: “Es admirable el ver que todo se pudre al momento, ménos los padres que aquí se conservan.” Verdaderamente, solo un milagro es el que nos conserva, para sufrir mas y mas por Jesucristo. El cirujano se asombra al ver cómo se curan y se restablecen muchos de nuestros enfermos, y confiesa que semejantes curaciones no pueden ser efecto de los remedios sino del poder divino. Algunos recobran la salud, despues de los votos y promesas que han hecho: uno de nosotros, ya casi moribundo, recobró repentinamente la salud, despues de haber tomado una pequeña parte de la harina milagrosa de San Luis Gonzaga; otro, que deliraba atrozmente, atolondrándonos con sus horribles gritos, se restableció un momento despues de algunas oraciones que rezó por él uno de sus compañeros; otro, despues de haber recibido la Sagrada Eucaristía, se puso en seguida bueno y restablecido de una enfermedad que le redujo varias veces á la última estremidad. El cirujano, que ve todo esto, dice ordinariamente: “Ya sé el remedio de éste, aludiendo á cualquier enfermo; que le den el Viático y de seguro no se muere.” No hace mucho falleció uno, cuya vista, siendo cadáver, tenia mucho mas brillo y animacion que cuando vivo, de suerte que los soldados, que atónitos le contemplaron, decian: “Hé aquí el rostro de un bienaventurado.” Testigos de estas cosas, y fortificados por el cielo de otras mil maneras, tenemos cierto regocijo cuando muere alguno de nosotros; y los que le sobrevivimos envidiamos hasta cierto punto su suerte, no porque con su fallecimiento hayan cesado sus trabajos, sino por la casi conviccion que tenemos de que ya ha recibido su premio. Los deseos de todos nosotros son los de morir sobre el campo de bata-

lla. Los tres franceses que han recibido la libertad, lo sienten, considerando nuestra posicion mas dichosa que la suya. Estamos sumidos en la afliccion, y no obstante, la alegría reina en nuestros corazones, á pesar de que no trascurre un momento sin que haya algo que sufrir. Estamos casi desnudos, y son muy pocos los que conservan algunos restos de sus sotanas. Con mucho trabajo podemos conseguir con que cubrirnos lo que la modestia exige: un tejido bastísimo, cuyo pelo punza como un alfiler, nos sirve de cobertor, y el lecho se reduce á un poco de paja: tanto uno como otro se pudre al instante, y siempre pasa mucho tiempo ántes que se consiga otra cama, supliendo entre tanto el suelo.

“No nos es permitido hablar á nadie, ni que nos hablen. El carcelero es á cual mas grosero y duro: pone su estudio en incomodarnos; rara vez se escapa de sus labios una palabra de dulzura ó conmiseracion, y le sirve de molestia el darnos lo mas necesario. Continuamente ofrece la libertad y toda clase de comodidades á los que quieran abjurar el instituto.—Nuestros padres que estaban en Macao, y de los cuales muchos han sufrido con valor, entre los infieles, la prision, las cadenas y los tormentos reiterados con frecuencia, han sido traídos aquí; sin duda será mas agradable á los ojos de Dios que padezcan en este pais, sin merecerlo, que el que mueran por la fe entre los idólatras.—Hemos tenido en estos calabozos á veintisiete de la provincia de Goa, uno de la del Malabar, diez de la de Portugal, nueve de la del Brasil, veintitres de la del Marañon, diez de la del Japon y doce de la provincia de la China. Entre éstos habia un italiano, trece alemanes, tres chinos, cincuenta y cuatro portugueses, tres franceses y dos españoles. De todos solo tres han muerto, y otros tantos han sido puestos en libertad.

“Quedamos aun setenta y seis, sin contar otros que están encerrados en las torres, y cuyo número y procedencia jamas he podido saber. Rogamos á los padres de vuestra provincia que se acuerden de nosotros en sus oraciones, no como dignos de compasion, sino como dichosos que aguardamos otra dicha mayor. Respecto á mí, aunque deseo la libertad de mis compañeros de cautiverio, no cambiaria mi actual estado por el vuestro.—Deseamos á nuestros padres una buena salud, y la dicha de poder trabajar con valor y fruto en vuestro pais por el amor de Dios, para que su honra y gloria reciba allí tanto aumento como recibe aquí disminucion.

“Prision de San Julian, á orillas del Tajo, á 12 de Octubre de 1766.

“De vuestra reverencia muy humilde y muy obediente servidor

“LORENZO KAULEN, cautivo por Jesucristo.”

Otras cartas son por el mismo estilo, tan elocuentes en el dolor como heróicas en el sufrimiento y valor. Todos estos Jesuitas, cuyo número se disminuía cada año, era para Pombal una satisfacción incesante. Se deleitaba en verlos sufrir, tanto como en realizar proyectos, cuyo único obstáculo consistiese en el derramamiento de sangre.

En los primeros días de su poder soñó con el matrimonio de su hijo con una de la familia de Tavora. La negativa de ésta á su primera proposición fué sin duda la principal causa de las desgracias que acabamos de contar. Pombal había casi aniquilado esta ilustre familia, y quiso después de todo que su hijo realizase en el resto el plan formado en su cabeza. El hijo del verdugo se enlazó con la hija de las víctimas.

Pombal hizo todo lo imaginable para hacer imposible á los Jesuitas su nueva introducción en el reino. Cuando en 1829 fueron de nuevo llamados, el marqués de Pombal y la condesa de Oliveira, ámbos herederos del ministro portugués, les recibieron á su llegada, les colmaron de las más afectuosas muestras de cariño, y los tres primeros pensionistas que el colegio restaurado de Coimbra vió entrar en su recinto con los padres, fueron los viznietos del hombre que empleó toda su actividad en la destrucción de los Jesuitas (1).

La facilidad con que pudo engañar á su rey, eludir las súplicas

(1) No quedaría completa esta relación, si no diésemos al público un fragmento de una carta escrita desde la villa de Pombal por el P. Delvaux, quien en 1829 fué el encargado de reinstalar á los Jesuitas en Portugal. Los restos mortales del gran marqués aun no habían sido depositados en el sepulcro, que, según su última voluntad, su familia le había erigido en Oyeras. El ataúd cubierto con un paño fúnebre, estaba confiado á la custodia de los franciscanos. El P. Delvaux refiere las tristes vicisitudes que sufrió este ataúd durante las guerras de la Península, y después añade:

“Es preciso notar que Pombal es la primera población de la diócesis de Coimbra, por la parte de Lisboa. El obispo de Coimbra había dado orden á todas las parroquias por donde debíamos pasar, para que nos recibiesen en triunfo. Para evitar esta ovación, al pasar por Pombal, me fuí al convento de S. Francisco; pero no sé explicar lo que pasó por mí, al ofrecer la víctima de propiciación, el cordero inmaculado que pidió en la Cruz por sus verdugos, al ofrecerla, repito, por el reposo del alma de D. Sebastian Carvalho, marqués de Pombal, *corpore presente!* Allí estaba aguardando cincuenta años hacia, el retorno de la Compañía, que volvía del destierro á que tan duramente la había condenado, y cuya vuelta, á pesar de todo, él mismo había predicho.

Mientras que satisfacía este deber religioso, el triunfo porque se nos hacía pasar, resonaba en toda la villa y sus cercanías; las campanas tocaban á vuelo; el prior y el archipreste venían procesionalmente á buscar á nuestros padres para conducirlos á la iglesia, que estaba completamente iluminada. Parecía estar en un sueño.”

La venganza de los Jesuitas no podía ser más completa. Se ocultaban al entusiasmo general de que eran objeto, para recogerse y orar en silencio sobre la tumba aun abierta del ministro, su mayor enemigo.

6 mandatos de la Santa Sede, y llegar casi sin oposición á la destrucción de la Compañía de Jesús, inspiró aliento á los demás enemigos que el instituto contaba en Europa. Pombal había acertado en sus designios con medios culpables. Los filósofos, los jansenistas y los parlamentarios, reprendían su fría crueldad y su ignorante despotismo; pero, fuertes con la experiencia ensayada, comenzaron á creer que aun valiéndose de medidas más suaves, podían llegar al mismo punto. La caída de los Jesuitas en el reino Fidelísimo despertó el odio que en otros se les tenía. Ya nadie pensó en matarlos; se juzgó que la calumnia bastaría para acabar con ellos. En su consecuencia se provocó contra los mismos esa guerra de sarcasmos ó de suposiciones, que si anteriormente tuvo algunas treguas, ahora se desarrolló en toda su extensión. Desde el origen mismo de la sociedad se inventó contra ella una continua serie de libelos y mentiras. Se desenterró todo su pasado y su presente. Los protestantes habían comenzado, y los jansenistas la enriquecían más todavía. Es de todo punto imposible el reunir todos estos vergonzosos partos del pensamiento, y analizar todo este atrevimiento de la torpeza intelectual, que ya tenía por entonces sus Michelet, sus Sue y sus Gioberti; pero la historia se ve á su pesar condenada á examinar algunos de estos hechos que tienen cierta apariencia legal. Antes de entrar en la relación de los sucesos peculiares á Francia, á España é Italia, es preciso detenerse sobre algunos que revelan por sí mismos los demás.

Los Jesuitas eran siempre los infatigables adalides contra el protestantismo. En 1602, en el momento en que Enrique VI se disponía á restablecerlos, el sínodo calvinista, reunido en Grenoble, resolvió emplear toda clase de medios para impedir su vuelta. La *Historia del padre Enrique, Jesuita quemado en Ambéres el 12 de Agosto de 1601*, salió de las prensas heréticas, y bien pronto se extendió por toda la Francia. El P. Enrique había cometido toda clase de crímenes, y el título de la obra anunciaba que “esta historia había sido traducida del flamenco al francés.” El rey y los Jesuitas hicieron toda clase de averiguaciones en Flandes, y no se encontró el menor rastro ni del auto de fe ni del Jesuita quemado. Guillermo de Berghes, obispo de Ambéres, atestiguó la falsedad del libelo, confundiendo con ella á los sectarios, “gentes acostumbradas, dice el obispo, á promover su Evangelio con semejantes calumnias.” Los magistrados de la ciudad donde se supone que el tal P. Enrique había nacido, había predicado y acababa de ser quemado, declaran que los sucesos porque se les pregunta son un tejido de mentiras, y que este padre era sin duda un ente imaginario. Los hereges afirmaban que se llamaba Enrique Mangot, hijo de Juan Mangot, espadero; los magistrados deponen que “desde tiempo inmemorial no se ha castigado á nadie en Ambéres por el